



BRIAN FREEMAN
MARATON

arrobabooks®

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[SÁBADO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[DOMINGO](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[LUNES](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[MARTES](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[MIÉRCOLES](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

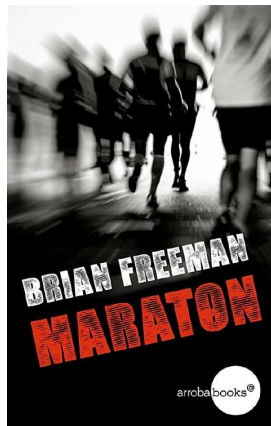
[Notas](#)

[Créditos](#)

SINOPSIS

Una bomba estalla en pleno maratón en la ciudad de Duluth. El detective Jonahtan Stride se suma a la frenética búsqueda del autor. Alguien asegura haber visto a un joven musulmán con una mochila, y pronto se desata la caza al hombre. Pero las cosas son más complejas de lo que parecen...

Traducción de Begoña Prat Rojo



Para Marcia

Las épocas de heroísmo suelen ser
épocas de terror.

MARCEL PROUST

La mochila está fabricada con orgullo en Estados Unidos.

Es de lona rígida azul marino, para enfrentarse al hielo y la nieve de Minnesota. Es el tipo de bolsa que puedes llevar a cualquier parte: a la universidad, a la oficina o de excursión. En una ciudad como Duluth, donde se ama la vida al aire libre, cientos de personas llevan la misma mochila.

Por fuera, esta mochila es igual que todas las demás.

Por fuera, no se pueden ver los dos kilos y medio de metal, metralla y pólvora negra que hay en su interior.

Por fuera, no se puede ver el odio, pero eso es lo que contiene realmente la mochila.

A las 12.32 del tercer sábado de junio –el día de la maratón–, el contenido de la mochila azul marino recibirá la señal para despertarse. La señal llegará a través de ondas de radio y se transmitirá a un móvil pegado con cinta adhesiva a la olla a presión de seis litros que hay dentro.

Todo lo que ocurra después durará apenas un milisegundo. Una vez comience, el proceso ya no puede detenerse. Es física elemental.

El teléfono móvil manda un impulso eléctrico al detonador.

El detonador, unido con alambre a través de la tapa de la olla a presión con la carga de pólvora negra, desencadena una reacción explosiva.

Los gases de la explosión se expanden hasta que su fuerza expansiva supera la integridad estructural de la olla a presión.

La olla a presión estalla.

Miles de rodamientos de bolas y clavos salen disparados a la velocidad y con la fuerza de una bala desde un arma. Mutilarán o matarán a cualquiera que encuentren en su camino. En ese milisegundo, cambiarán vidas.

No se puede detener la física.

Solo se puede detener el odio.

SÁBADO

1

Jonathan Stride vio decenas de corredores aparecer por el paso elevado de Lake Avenue y cubrir la última curva antes de la línea de meta en Canal Park. En el horizonte se avistaba una dulce victoria.

La lluvia, que había caído con tenacidad durante toda la mañana, no detenía a los deportistas. Los rigores de recorrer cuarenta y dos kilómetros en tan solo unas horas tampoco los detenían. Llegaban uno detrás de otro, vestidos con colores fluorescentes, y pasaban por debajo de los arcos hechos con globos con los colores del arcoíris y que decoraban los últimos trescientos metros. Stride sabía que el corto tramo final de calzada podía parecer tan largo como las decenas de kilómetros que habían quedado atrás. Algunos corredores sonreían. Otros lloraban. Algunos tenían la cara roja como un tomate y contraída en un gesto de dolor. A otros se les veía como perdidos, con los ojos muy abiertos, como si apenas pudieran creer lo que aquel logro físico significaba para ellos. Fuera cual fuese su estado, completar la maratón sería un momento que recordarían toda su vida.

Habían pasado más de dos horas desde que los líderes, un grupo de portentosos atletas keniatas, habían cruzado al esprint la línea de meta, como si apenas hubieran corrido cien metros. Debido a la climatología, aquel día nadie había establecido ningún récord, pero Stride admiraba a cualquiera que recorriera la distancia que separaba la pequeña ciudad de Two Harbors de la de Duluth, con la orilla del lago Superior siempre a la vista.

A su lado, Cat Mateo consultó su móvil.

–Según la aplicación de seguimiento, Serena llegará en cualquier momento. ¡Es increíble! ¡Lo ha conseguido!

Cat se llevó dos dedos a la boca y soltó un silbido estridente. Levantó por encima de la cabeza un cencerro rojo y lo hizo sonar para los corredores. Lo mismo hicieron cientos de espectadores que se amontonaban a su alrededor, protegidos por impermeables y paraguas. La lluvia tampoco detenía a los animadores. Cuando llegaba el día de la maratón, no importaba el tiempo que hiciese: los ciudadanos de Duluth salían en manada a las calles para mostrar su amor por los corredores. No importaba si alguien llegaba el primero o el cincomilésimo, o si cruzaba la meta arrastrándose seis horas después de haber empezado. Se los trataba a todos como ganadores.

Stride se alegró de ver una expresión de regocijo en la cara de Cat mientras esta miraba la carrera. La chica de diecisiete años había luchado contra la melancolía desde que la conocía. Quince meses atrás, Serena y él habían rescatado a Cat de las calles; en esa época estaba embarazada y desnutrida, y desde entonces había vivido con ellos. Había sido un camino lleno de obstáculos para todos. Hoy, sin embargo, nada de todo eso importaba. Hoy era una joven feliz. Stride le pasó un brazo por encima del hombro y ella apoyó la cabeza en el suyo.

Cerca de ellos, dos adolescentes miraron a la hermosa chica y murmuraron:

—¡Toma ya!

Stride tuvo que contener el impulso de cogerles las cabezas y golpearlas entre sí. Se sentía como un padre para Cat, una responsabilidad que no esperaba al cumplir los cincuenta.

Mientras la multitud miraba a los corredores, Stride observaba los rostros de la multitud. Los espectadores empujaban contra las vallas metálicas que bloqueaban la calle. Desde un cielo color carbón, la lluvia fina caía sobre sus capuchas y sombreros. Era una mañana fría para los que no participaban en la maratón, pero eran de Duluth y la mayoría llevaba pantalones cortos pese a la temperatura. Había

jóvenes y ancianos; reían, ovacionaban, bebían café caliente y bailaban canciones de los Eagles y Steely Dan que sonaban a todo volumen por los altavoces.

Aquel había sido siempre uno de los mejores días en Duluth. Desde que se había celebrado la primera carrera décadas atrás, la maratón había pasado de ser un acontecimiento local para un puñado de corredores empedernidos a convertirse en toda una institución en Minnesota que atraía a decenas de miles de atletas y visitantes de más de cuarenta países. La autopista North Shore, que bordeaba Great Lake y atravesaba kilómetros de naturaleza, era probablemente el recorrido más bonito del país para una maratón.

Cada año, Stride disfrutaba del entusiasmo del acontecimiento, pero como teniente de la policía de Duluth, sentía una leve punzada de desasosiego al ver a tanta gente congregada en un área tan pequeña. Las multitudes eran vulnerables, y después del atentado en la maratón de Boston, habían aprendido que la amenaza de la violencia planeaba allí donde la gente se reunía. Por eso tenían una furgoneta negra de operaciones aparcada en la entrada de Canal Park, además de perros detectores de bombas y agentes armados que patrullaban las calles. Por eso su equipo y él observaban los rostros uno a uno, buscando en los ojos de alguien algo que no debería estar allí.

Odio. Conjetura. Maldad.

Stride no pensaba arriesgarse ese día. Esa primavera, Duluth había estado muy agitada. Una activista llamada Dawn Basch se había afincado en la ciudad con el fin de prepararse para una supuesta convención en pro de la libertad de expresión. Basch lo consideraba una defensa de los derechos de la Primera Enmienda; sus opositores lo consideraban un ataque apenas disimulado a los musulmanes. Las protestas resultantes habían sembrado la división en las tierras del norte, y las redes sociales se habían incendiado con comentarios llenos de rencor y acusaciones mu-

tuas. Todo el mundo estaba alterado, y la ira tenía la capacidad de escalar hasta quedar fuera de control. A Stride no le gustaba que la maratón se celebrara en el momento de más agitación en años.

Se sacudió la lluvia de la cabeza pasándose la mano por el pelo ondulado entrecano, que ahora llevaba más corto que cuando era joven. Era un hombre alto, de casi metro ochenta y cinco de estatura, con un rostro curtido e intensos ojos negros. Hacía tan solo unos meses que había superado la barrera del medio siglo. Su amigo y médico, Steve Garske, le había dicho que no tardaría en notar la diferencia entre estar en la cuarentena y la cincuenta, y tenía razón. Cada vez que Stride se levantaba de la cama por la mañana, se notaba el cuerpo entumecido, y necesitaba una ducha caliente y un café cargado antes de sentirse preparado para enfrentarse al nuevo día. Ya no era joven, pero en su opinión, la juventud estaba sobrevalorada. Había conocido la pérdida y se había recuperado. Había cometido errores y había aprendido a vivir con ellos. La imperfección lo había convertido en lo que era. Le había costado la mayor parte de sus cincuenta años aprender esa lección y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba dispuesto a cambiar el presente por el pasado.

A tres metros de distancia, en medio del gentío, Stride distinguió a un chico de veintitantos con los brazos cruzados con fuerza sobre una chaqueta de camuflaje. Su boca era un tajo estrecho y encolerizado, y llevaba una gorra con el *hashtag* #sinexcepciones bordado en una amplia franja blanca. Los recientes problemas en Duluth tenían un nombre, y el nombre era #sinexcepciones. Era el *hashtag* que Dawn Basch usaba siempre que colgaba un tuit. Su intención era dejar claro que la libertad de expresión era libertad de expresión. Sin condiciones, añadidos o peros. Sin excepciones.

El joven no parecía una amenaza, pero Stride se acomodó la cazadora de cuero de manera que la placa que lle-

vaba en el cinturón quedara a la vista. La mayoría de los que lucían ese lema eran inofensivos, pero algunos buscaban pelea, y él no pensaba permitir que nadie alterara la maratón. El alcalde lo había dejado meridianamente claro en una conferencia de prensa el día anterior: no se toleraría ninguna protesta que pusiera en peligro a los corredores o a la multitud.

El auricular en su oído cobró vida.

–Buenas, jefe, estoy en el puesto de Guppo –anunció su compañera Maggie Bei–. Esto es una fiesta.

Stride sonrió y dio unos golpecitos al micrófono.

–¿Qué hay en el menú este año?

–Buñuelos de macarrones y queso. Están de muerte.

–¿Y alguno de los corredores ha conseguido acercarse a ellos?

–Sí, Gina se está asegurando de que Max no se los coma todos.

Stride soltó una carcajada. Con el tiempo, el «puesto de Guppo» se había hecho célebre entre los corredores de la maratón. Max Guppo era uno de sus detectives, con la constitución de un muñeco de nieve, un torso en forma de calabaza y una cabeza totalmente redonda. Por lo general, el día de la maratón todos los agentes debían estar disponibles, pero durante las dos últimas décadas a Guppo se lo había dispensado para que organizara un elaborado «puesto de avituallamiento» para los corredores. Al principio era pequeño, tan solo Guppo, su mujer y su hija mayor, Gina, ofreciendo limonada y galletitas saladas. Aquel día, en el puesto de Guppo estaban Max, su mujer, sus cinco hijas y una docena de voluntarios, y había música en directo y montañas de provisiones de tentempiés caseros y bien cargados de hidratos de carbono. Se habían ubicado en una zona cercana a la marca de los treinta y cinco kilómetros, justo después de la leve pendiente de Lemon Drop Hill que aun así se erguía como el Kilimanjaro frente a los cansados corredores. En el puesto de Guppo, podían recibir un es-